

I t á l i c a s

VINCENZO CARDARELLI (1887-1959)

A LA MUERTE

Morir sí,
no ser agredidos por la muerte.
Morir persuadidos
que un viaje semejante es el mejor.
Y en el instante último estar alegres
como cuando se cuentan los minutos
del reloj de la estación
y cada uno vale un siglo.
Pues la muerte es esposa fiel
que sucede a la traidora amante:
no anhelamos recibirla como intrusa,
ni huir con ella.
¡Demasiadas veces partimos
sin permiso!
En el punto de sobrepasar
en un instante el tiempo,
cuando aun la memoria
desaparecerá de nosotros,
déjanos, oh Muerte, decir adiós al mundo,
concédenos una postergación.
Que el inmensurable paso
no sea precipitado.
Al pensar una muerte repentina
la sangre se me hiela.
Muerte, no me aferres,
y de lejos anúnciate
y amigablemente tómame
como el más extremo de mis hábitos.

OTOÑO

Otoño. Ya lo sentimos llegar
en el viento de agosto,
en las lluvias torrenciales
o llorosas de septiembre,
y un calosfrío recorrió la tierra
que ahora, desnuda y triste,
hospeda a un sol temeroso.
Pasa ahora y declina
—en este otoño que pasa majestuoso
con lentitud indecible—
la época mejor de nuestra vida
y nos dice su adiós interminable.

ILUSIONADA JUVENTUD

Juventud, inocencia, ilusiones,
¡oh, tiempo sin pecado, siglo de oro!
Después de transcurrido
solemos añorarlo
como un perdido bien.
Yo sé que fuiste un mal.
Sé que no fueron lumbre, sino hielo,
oh cándidas creencias juveniles;
viví bajo ese manto
como un tronco cubierto por la nieve:
tronco verde, musgoso,
rico de savias y estéril.
Ahora que, exhausto y roído,
libre de ustedes, recorrí en un instante
mis lozanas estaciones
y disperso por tierra miro
el poco fruto que han dado;
ahora que mi suerte he conocido,
sin preguntarme cuál es. La vida huye
tan pronto que cualquier suerte es buena
para tan breve jornada.
Sólo de ustedes me quejo, primeros engaños.

VIAJE

¡Cómo el que parte envidia al que se queda!
¡Cómo feliz, estable,
se muestra el mundo a aquél que lo contempla
con ánimo de exiliado, con ojos
de moribundo.

Decidido al adiós,
está, aun postergándolo, ya en camino
y fuera de la vida.

Así me apareció a mí todo, en todo tiempo,
como aquellas ciudades de las que me despedí
hacia la noche,
mientras, al partir, ya el recuerdo urgía,
o que descubrí férvidas y alegres,
desde lo alto de un puente,
pasando en tren,
rozando los secretos de las casas,
con el tren en marcha
que desataba los lugares más gratos para mí
en un juego de nubes.

Oh, viví sin tregua
y exiliado en todas partes.

No aprendí ningún arte, no me asiste
ninguna certeza
ahora que estoy a punto de zarpar ya para siempre.

ÚLTIMA ESPERANZA

Nuestra gloria mísera
es una pingüe colonia
para el apetito voraz
de nuestros enemigos.

Ya nos devoran los gusanos estando vivos.
Y dentro de poco no quedará de nosotros
sino su rechazo:

la última, imponderable materia
que en aire y en luz se transmutará.

¡Oh sublime residuo!
¡Intangible esencia!
Tú solo, árido polvo,
no sufrirás el ultraje de los vivos.

Acaso en ti, en aquel soplo
de ceniza sobreviviente,
esté la prueba del alma,
el indestructible signo
de la inmortalidad.◇

Vincenzo Cardarelli (pseudónimo de Nazareno Caldarelli) nació en Corneto Tarquinia (Viterbo), en 1887; murió en Roma en 1959.

Junto con Antonio Baldini, Emilio Cecchi y Riccardo Bacchelli, fundó en 1919 "La Ronda", la revista literaria romana que se pronunciara en favor de una "restauración" literaria. Los propósitos de Cardarelli, compartidos por Bacchelli y los demás colaboradores de esta revista, fueron muy explícitos en cuanto al autobiografismo como elemento literario. Y sostenía Cardarelli: "No parecerá una paradoja si decimos que para los clásicos, como para nosotros, el arte no tenía otra finalidad que la del deleite, pero que aprendimos a ser hombres antes que literatos. Querríamos escribir el vocablo *umanità* con h, noblemente, como se lo escribía en tiempos de Machiavello, para que se entendiera el preciso sentido que nosotros le damos a esta palabra". Y más adelante: "Nuestro clasicismo es metafórico y de doble fondo. El hecho de servirnos confiadamente de un estilo difunto para nosotros no significa sino realizar nuevas elegancias y, a la postre, perpetuar insensiblemente la tradición de nuestro arte. Consideramos que esto significa ser modernos a la ma-

nera italiana, sin expatriarnos". La tradición o nada. En este sentido, ningún otro poeta italiano del presente siglo ha sido más leopardiano. La lección del poeta de Recanati es ostensible en el aspecto ético, que imprime su sello en la constante lucha que sostuvo Cardarelli entre el "sentimiento y el resentimiento" (Giuseppe Raimondi). La obra de Cardarelli se halla estrechamente vinculada al hombre pero con la mano alzada en gesto admonitorio. Una mano que a menudo dirige contra sí mismo. De ello se deriva el "dramatismo de su experiencia de escritor llevado a hablar violentamente de sí mismo" (Gargiulo), no como necesidad de autoconciencia sino como experiencia física y muy concreta de vida, de encarnarse en un estilo que ostente el cuño del esfuerzo creativo. El desencanto de Leopardi alcanza en Cardarelli una intensidad estrujante: Tú solo, árido polvo / no sufrirás el ultraje de los vivos.

A cien años de su nacimiento, recordamos aquí a este gran moderno que supo serlo y arrostrarlo dentro de los surcos inagotables de la tradición.

Los poemas Última esperanza, Viaje y A la muerte, fueron traducidos por Marco Antonio Campos.

Sección a cargo de Guillermo Fernández